

Siegfried LENZ, *Mi cara malhumorada.*

Traducido por Carmen Cuéllar Lázaro y Sabine Albrecht
Universidad de Valladolid
Universidad Friedrich-Schiller de Jena

Siegfried Lenz nació en la Prusia Oriental en 1926. Empezó sus estudios de Filosofía y Filología Inglesa en la Universidad de Hamburgo, pero los interrumpió para dedicarse a trabajar como redactor en el periódico *Die Welt*. Fue miembro del Grupo del 47 y su obra refleja los conflictos políticos y sociales vividos durante la Segunda Guerra Mundial, la experiencia traumática del nacionalsocialismo. Junto con Günther Grass simpatizó con los socialdemócratas y la política del canciller alemán Willi Brandt en los años setenta. Los críticos alemanes consideran a Siegfried Lenz como uno de los grandes narradores de posguerra.

Estamos ante uno de los escritores en lengua alemana de mayor éxito de público, de ahí que su obra haya sido traducida a varios idiomas. En castellano encontramos su voluminosa novela *Deutschstunde* (1968), *Lección de alemán* (1973), su mayor éxito literario y con la que consiguió el reconocimiento internacional. A ésta siguieron, ya en los años ochenta, algunos de sus relatos cortos más conocidos, recogidos bajo el título *So zärtlich war Suleyken* (1955), *Qué bello era Suleyken!* (1982), así como su novela *Exerzierplatz* (1985), *Campo de maniobras* (1988). En los noventa llegan al lector español otros relatos reunidos en *Das serbische Mädchen* (1965) y publicados como *El usurpador* (1990), así como la novela *Die Klangprobe* (1990), *La prueba acústica* (1993), ésta última tan sólo tres años después de que se publicara el original. Lo mismo sucede con una de sus últimas novelas, *Arnes Nachlaß* (1999), *El legado de Arne* (2002). Más ha tenido que esperar, sin embargo, una de sus primeras novelas, *Duell mit dem Schatten* (1953), que no ha llegado a las librerías españolas hasta el 2006, *Duelo con la sombra*.

Siegfried Lenz es desde 2003 profesor invitado en la Universidad Heinrich Heine en Düsseldorf. Este escritor y periodista ha cosechado en su larga vida numerosos galardones, de entre ellos destacamos el *Thomas-Mann-Preis* (1984) que otorga la ciudad de Lübeck y su último premio, el *Goldene Feder Ehrenpreis* (2006), a sus ochenta años, un Premio de Honor por su fructífera e incomparable obra literaria.

Mi cara malhumorada

También él se había quedado aquí, también Bunsen, contramaestre de guerra: hombre de mejillas tersas, abrochado con esmero, y con esa mirada a la que nada le quedaba oculto. Así lo encontré abajo, en el parque. Allí estaba, observando el desfile de moda al aire libre. Fotografiaba. Llevaba un bolso colgado al hombro por una correa de piel y una cámara de fotos muy pequeña en la mano. Entonces vi como, en ocasiones, de repente, se ponía en cuclillas, se inclinaba hacia delante, se echaba mucho hacia un lado. Su mirada, a la que nada quedaba oculto, que en su día nos había sobrecogido, se unía ahora a la precisión del aparato, con su fuerza probatoria irrevocable. Ya preparado, puso el dedo sobre el disparador y levantó el labio superior dibujando una sonrisa precisa y forzada, una sonrisa que me inquietaba cada vez que apretaba el disparador.

Me conmovía cuando dirigía la lente del aparato sobre la pasarela, sobre las mujeres que desfilaban, sonriendo cálidamente, con lo preferido por las amas de casa: mandiles con flores, batas floreadas con volantes, la sencilla belleza de la cocina. Siempre me asustaba, temía que su mirada, a la que nada permanecía oculto, pudiera descubrir algo, un fallo en el tejido, una mancha, una arruga inoportuna.

Pero él sólo fotografiaba, miraba preocupado y fotografiaba; desde abajo, desde una perspectiva artística y de repente vi como, antes de apretar el disparador, dejó el aparato despacio, vacilante, con una expresión de asombro que era inesperada en él: me había descubierto. Con una sonrisa dubitativa vino hacia mí –eres tú o no– y se acercó con todo su equipo. Sí, era yo y me dio un abrazo como saludo.

– Chaval –dijo–, viejo amigo.

– Sí –le dije.

Se conmovió de emoción, golpeándome la espalda con alegría y mirándome atentamente de arriba abajo.

– Chaval, viejo amigo –reiteró.

Dejó la cámara, recogió todo y me agarró. Me tomó del brazo con gran entusiasmo, con un intenso saludo de compañero de guerra. No importaba que él hubiera olvidado mi nombre, el lugar dónde nos vimos por última vez. Fue en la guerra y eso era suficiente crédito.

– Chaval, viejo amigo –volvió a decir.

Me bajó a una taberna, bebimos cerveza y fumamos de sus cigarros, y su mirada, a la que no se le escapaba nada, se mantenía fija en mí mientras hablaba.

Bunsen era ahora fotógrafo, fotógrafo publicitario; comenzó desde abajo, como un desconocido; ¡oh! conocía lo profundo de las penas, la triste existencia sin laboratorio propio, no había olvidado la miseria de un fotógrafo. Pero eso ahora era ya pasado, ahora las empresas iban a él y él podía elegir.

- Y tú sabes, chaval, lo que significa cuando se puede elegir.
- Sí –dije.
- ¿Y tú? –preguntó.
- ¿Qué?
- ¿Has encontrado algo?
- Varias cosas –dije.
- Mucho no es bueno, no se debe cambiar demasiado a menudo.
- Sí.
- ¿Y ahora? –preguntó él.
- Tengo varias cosas en perspectiva.

Me estremecí, me asusté de repente, como en la llamada a revista de entonces; su labio superior se levantó, su mirada descubrió algo interesante en mí, fijándose de manera tranquila y calculadora sobre mis hombros.

– Chaval –dijo–, escucha viejo amigo. Me vienes bien, podrías comenzar a trabajar conmigo, necesito un modelo para una serie. Eres muy bueno para ese papel, tú eres incluso mejor que cualquier otro y quizá te hubiera buscado si no nos hubiésemos encontrado. Se trata de una serie publicitaria y nadie es más apropiado para ese papel que tú.

- ¿Por qué consideras que soy apropiado? –dije.

– Por tu cara –dijo él–, por tu cara de mal humor. Siempre has tenido esa expresión, como si algo te preocupara, como si estuvieras en desacuerdo con el mundo, eso está muy bien. No necesitas disimular, te sale la preocupación de forma natural; tú eres la persona apropiada para la serie.

- Pero, ¿cuál es mi papel?

– Ninguno, chaval. No es necesario que hagas nada en absoluto. Sólo tienes que mirar como ahora y así, con esa expresión de preocupación en la cara, vas a ganar mucho dinero.

Fuimos a su estudio, hicimos unas tomas de prueba y mientras hojeaba unos periódicos, reveló las fotos en el laboratorio. Entonces oí su llamada, la llamada alegre de un compañero de guerra. Las fotos cumplían sobradamente con sus expectativas; podíamos empezar.

No necesitaba hacer nada, mi mirada, mi cara de mal humor le eran suficientes. Bunsen me ordenó solo la acción. Debía mirar con preocupación, con mal humor, a un hombre que iba sin corbata; empleé mi mal humor sobre una persona mayor que tenía la chaqueta cubierta de caspa y al

que se le caía el pelo. Bunsen estaba muy contento conmigo, con el grado de desaprobación de mi cara.

– Sale bien, chaval –dijo–, muy bien. Debido a tu mirada, nadie más va a ir sin corbata, y quien no tiene nada contra la caspa, lo tendrá ahora. La expresión de mal humor de tu cara es crítica y acusadora.

Entonces hicimos fotos de una persona sin sombrero, le destruí con mi mirada; acusé a una ama de casa que no echó suficiente condimento a la sopa, a un joven que no empleaba una pasta de dientes adecuada, al señor que no tenía vino espumoso en su casa. Mi seriedad, mi mal humor les acusaban. Nadie estaba seguro ante mi actitud acusadora. Por todas partes aparecía yo con mi mirada de desaprobación y advertencia, aparecía en cocinas incompletas, entre muebles a los que no se había sacado bien el brillo, detrás de espejos para afeitarse que estaban algo empañados, delante de los cuales seguían sin usarse la cuchilla nueva, la afeitadora nueva.

Como una luna silenciosa y acusadora aparecía mi cara sobre cualquier lugar, ahí donde la compra adecuada no se había llevado a cabo, donde se había olvidado el recurso conveniente. Mis parejas cambiaban delante de la cámara de Bunsen, cambiaban los decorados, sólo yo permanecía a cualquier cambio. Mi compañero de guerra me hizo estar presente a lo largo de toda la serie, colocaba mi cara de mal humor en perspectiva. Me había transmitido su mirada, la mirada a la que nada quedaba oculto.

Yo veía mi cara en las revistas, me encontraba en anuncios baratos; la preocupación natural de mi cara merecía la pena. Solo tenía que poner esa cara para incitar a las personas al mínimo deber, reflexionar con atención sobre la caída del pelo, tener continuamente vino espumoso a disposición; ¡oh! una cara acusadora consigue más que las palabras.

Mi cara lograba que un hombre abriera una libreta de ahorros, otro concertara un seguro de vida; lo conseguía cuando miraba al no ahorrador, al no asegurado, con reproche fervoroso. Bunsen ponía mi correspondiente cara.

Pero entonces sucedió algo especial. Bunsen trajo a un nuevo compañero al estudio, un hombre pequeño, acongojado; debía sentarse a la ventana con aspecto reflexivo, excluido del mundo. Tenía el papel de pesimista, de un hombre del que habían renegado todos sus amigos porque no tenía humor, porque rechazaba comprar “el dorado libro casero del humor”. Rehuido y excluido, escéptico frente al futuro, así aparecía sentado a la ventana, melancólico, recapacitando sobre el motivo de su soledad, un mar de tristeza. Estaba detrás de él, le miraba a la espera de oír el clic del disparador, pero no se escuchaba nada, no nos salvaba.

– Chaval –dijo Bunsen–, ¿qué te pasa, viejo amigo?

– ¿No va bien? –le pregunté.

– Tu cara –replicó–. ¿Dónde está tu cara?

– La tengo conmigo.

– Esa no es tu cara –dijo él–, no es la cara que necesito. No le estás mirando con preocupación, no expresas acusación ni reproche. Le miras como si sintieras compasión por él. Casi podríamos pensar que quieres felicitarle.

– Vamos a intentarlo otra vez –le dije.

Lo intentamos de nuevo, una y otra vez, pero no se producía el sonido del disparador que nos salvara de la situación. Mi cara había cambiado de manera involuntaria, no podía acusar al pesimista de pequeña estatura, no podía destruirle, no podía. Experimentaba una atracción secreta hacia él, sentía una ligera simpatía por su infelicidad; mi cara ya no me obedecía.

– Chaval –exclamó Bunsen–, ¿qué te pasa, viejo amigo? Mírate en el espejo.

Me puse delante de un espejo, incrédulo, asombrado. Sí, vi que yo estaba sonriendo, sonreía con simpatía y sabía que esa simpatía era sincera. Y fui hacia él, hacia mi compañero pequeño y acongojado, del cual habían renegado todos los amigos porque no tenía humor, no tenía ninguna confianza en el futuro, y le di la mano.

– Chaval –exclamó Bunsen–, ¿no quieres continuar, viejo amigo?

– No –le dije–, ya no puedo más.